

gía que respira el poema de Bernardino de Saint-Pierre. Aun hay mas: la religion sola termina en efecto la catástrofe, porque Virginia muere por conservar una de las primeras y mas recomendables virtudes del cristianismo. Hubiera sido un absurdo haber hecho morir á una griega, por no haberse querido desnudar de sus vestidos. Pero la amante de Pablo es una virgen *cristiana*, y el desenlace, que seria ridiculo bajo de una creencia menos pura, es aqui sublime.

En fin, esta pastoral no se parece ni á los idilios de Teócrito, ni á las églogas de Virgilio, ni en manera alguna á las grandes escenas rústicas de Hesiodo, de Homero, ó de la Biblia, sino que recuerda una cierta cosa de inefable, como la parábola del *buen Pastor*, y se conoce que solo un cristiano pudo cantar y hacer sentir los evangélicos amores de Pablo y Virginia.

Se objetará tal vez, que su talento para pintar la naturaleza y no el hechizo de los libros sagrados, es lo que dá á Bernardino de Saint-Pierre la superioridad sobre Teócrito. Pero á eso responderé, que aun debe al cristianismo ese mismo talento, ó á lo menos el desarrollo de él; porque esta religion, desterrando las pequeñas divinidades de los bosques y de las aguas, ha permitido pintar los desiertos segun su magestad primitiva. Procuraré probar esto cuando trate de la mitología; ahora vamos á nuestro examen de las pasiones.

CAPITULO VIII.

La religion cristiana, considerada en sí como pasion.

No contenta la religion cristiana con aumentar el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, es ella misma una especie de pasion, que tiene su éstasis, sus lágrimas y sus suspiros, sus alegrías, sus amores del mundo y del desierto. No ignoro que el siglo llama á todo esto *fanatismo*; pero podria responderle con estas palabras de Mr. Rousseau: «El fanatismo, aunque *sanguinario y cruel* (1), es sin embargo una grande y fuerte pasion, que eleva el corazon del hombre y le hace despreciar la muerte; le da un resorte prodigioso, del cual puede sacar las virtudes mas sublimes con solo manejarle bien; al paso que la *irreligion*, y en general el espíritu *racionador y filósofo* liga á la vida, afemina y envilece las almas, reconcentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, y en la abyeccion del egoismo humano, y mina sordamente los verdaderos intereses de toda la sociedad, porque es tan poco lo que tienen de comun entre sí los particulares, que jamás podrá equilibrar lo que tiene de contrario y opuesto (2).»

Mas no es este todavia el estado de la cuestion; ahora solo se trata de los afectos dramáticos. Ora bien: el cristianismo, considerado en sí mismo como pasion, suministra tesoros inmensos al poeta. Esta pasion re-

(1) ¿Eslo menos la *filosofia*?

(2) Nota del Emilio, tom. 3, pág. 193, lib. 4.

ligiosa es tanto mas enérgica, cuanto está en contradicción con todas las demas, y para subsistir ella, es preciso que las destruya. Como todas las afecciones grandes, tiene cierta gravedad y tristeza; nos arrastra á lo oscuro de los claustros y á las cimas de las montañas: la belleza que el cristiano adora no es perecedera, es aquella belleza eterna por la cual anhelaban los discipulos de Platon dejar la tierra: no se manifiesta aqui á sus amadores sino cubierta con un velo; se envuelve y encubre en los pliegues del universo, como en los de una capa; porque si arrojase directamente sobre el corazon del hombre una sola mirada, no podría este sufrirla, y se abismaria en delicias.

Para llegar al goce de esta beldad suprema, los cristianos siguen un rumbo diverso del que seguian los filósofos de Atenas: permanecen contentos en el mundo, á fin de multiplicar los sacrificios, y hacerse por medio de una larga espiacion mas dignos del objeto de todos sus deseos.

Cualquiera que, segun la espresion de los Santos Padres, tuvo las menores relaciones posibles con su mismo cuerpo, y descendió virgen al sepulcro, aquel libre de sus temores y dudas, vuela al lugar de la vida, donde en éstasis interminables contempla para siempre lo que es verdadero, lo que es inmutable, y lo que está fuera de toda opinion. ¡Oh cuántos mártires gloriosos ha producido esta esperanza de poseer á Dios! ¡Que vermo no ha oído los suspiros de tantos ilustres rivales, que se disputaban entre sí el objeto de las adoraciones de los ángeles y de los serafines! Aqui se ve un Antonio que erige un altar en el desierto, y que durante cuarenta años se inmola desconocido de todos los hombres; y allí un San Gerónimo, que deja á Roma, atraviesa los mares, y va como Elias á buscar una mansión á las orillas del Jordan. Aun allí le persigue el infierno, y la imagen de Roma se le represen-

ta con todos sus hechizos en medio de los bosques, para su tormento. Sostiene terribles asaltos, combate cuerpo á cuerpo con sus pasiones. Sus armas son las lágrimas, los ayunos, los estudios, las penitencias, y sobre todo, el amor. Se arroja á los pies de la belleza divina, y le pide socorro. Algunas veces carga sus espaldas con un estraordinario peso, como un forzado, para domar una carne rebelde, y apagar con sus sudores los culpables deseos que le arrastran y le inclinan á la criatura.

Pintando Masillon este amor, esclama: «Solo el Señor (1) se le representa bueno, verdadero, fiel y constante en sus promesas, amable en sus condescendencias, magnifico en sus dones, de buena fé en su ternura, indulgente aun en su cólera; el Señor solo le parece bastante grande para llenar toda la inmensidad de nuestro corazon; bastante poderoso para satisfacer todos los deseos, y bastante generoso para querer dulcificar y aliviar todas nuestras penas; el solo inmortal que ha de amarse por una eternidad, y el único que no nos arrepentimos sino de haber amado harto tarde.»

El autor de la *Imitacion de Jesucristo* ha entresacado y copiado de San Agustín y demas Santos Padres, cuanto tiene de mas vehemente y místico el lenguaje del amor divino (2)

«En verdad que el amor es un gran don y un bien admirable, porque solo él vuelve ligero lo que era pesado, y solo él sufre con una tranquilidad inalterable todos los accidentes de la vida, hasta llevar sin pena lo mas enojoso, y haciendo agradable y dulce lo que es amargo.

(1) Sermon del jueves de la semana de Pasion. La Peca-
dora, part. I.

(2) *Imitacion de Jesucristo*, lib. III, cap. V.

«El amor de Dios es generoso: él impele las almas á las mas heróicas acciones, y las escita á desear de cuanto hay de mas perfecto.

«El amor aspira siempre á elevarse, y no sufre que le retengan en manera alguna las cosas bajas.

«El amor quiere ser libre y desprendido de toda afeccion terrena por miedo de que se ofusque su luz interior, ya sea que los bienes de este mundo le entorpezcan y embaracen, ó ya que sus males le aflijan y abatan mas de lo justo.

«Nada hay en el cielo ó en la tierra que sea mas dulce, mas fuerte, más encumbrado, mas estendido, mas agradable, ni mas dulce ó mejor que el amor; porque el amor nace del mismo Dios, y haciéndose superior á todas las criaturas, solo en Dios mismo puede hallar reposo.

«El que ama, vive siempre en la alegría, corre, vuela, y es libre; nada le detiene ni arredra; dá á todos cuanto tiene, al paso que en todos lo posee todo; porque solo se reposa y confía en aquel único y soberano bien, de dó proceden todos los demas bienes, y que tan superior es á todos ellos.

«Jamás se para en los dones que se le hacen, pero sí se remonta y dirige con todo su corazon al soberano autor que se los dispensa.

«Solo el que ama de todas veras puede comprender aquellas esclamaciones y aquellas palabras de fuego del amor, con que una alma verdaderamente inspirada de Dios, se dirige á él y le dice: «Vos sois para mí mi Dios, todo mi amor, y todo, todo para mí, como yo toda para vos.

«Ensanchad mi corazon, á fin de que os ame mas y mas, y á fin de que sepa por un gusto mas espiritual y mas interior, cuán dulce es amaros, cuán dulce el abismarse y perderse, digámoslo así, en ese océano de amor y de delicias.

«El que ama generalmente, añade el autor de la *Imitacion*, permanece firme en las tentaciones, y no se deja sorprender ni corromper por las persuasiones artificiosas de su enemigo.»

Esta pasion cristiana, y esta guerra interminable entre los amores terrenos y los del cielo, es la que pinta Corneille en esta famosa escena de Polyucto (1) (porque aquel grande hombre, menos delicado que los ingenios del dia, no creyó que el cristianismo fuese inferior á su talento).

POLYUCTE.

Si mourir pour son prince est un illustre sort.
Quand on meurt pour son Dieu, quelle sera la mort!

PAULINE.

Quel Dieu?

POLYUCTE.

Tout beau, Pauline, il entend vos paroles;
Et ce n'est pas un Dieu comme vos dieux frivoles,
Insensibles et sourds, impuissants, mutilés,
De birs, de marbre ou d'or, comuse vocés le vouler;
C'est le Dieu des chrétiens, c'est le mien, c'est le vôtre;
Et la terre et le ciel n'en connoissent point d'autre

PAULINE.

Adorez-le dans le ame, et n'en témoignez rien.

POLYUCTE.

Que je sois tout ensemble idolatre et chrétien!

PAULINE.

Ne feignez qu'un moment, laissez partir Sévère,
Et donnez lieu d'agir aux boutés de mon père.

(1) Acto IV. escena III.

POLYEUCTE.

Les boutés de mon Dieu sont bien plus à chérir.
Il m'ôte des dangers que j'aurois pu courir;
Et sans me laisser lieu de tourner en arrière,
Sa faveur me couronne, entrant dans la carrière;
Du premier coup de vent il me conduit au port,
Et sortant du baptême il m'enwie à la mort.
Si vous pouviez comprendre et le peut qu'est la vie,
Et de quelles douceurs cette mort est suiviz!

Seigneur, de vos boutés il faut que je l'obtienne,
Elle a trop de vertu pour n'être pas chretienne,
Avec trop de mérite il vous plut la former
Pour ne vous pas connoître ne vous pas aimer,
Pour vivre des enfers esclave infortunée,
Et sous leur triste jong mourir comme elle est née!

PAULINE.

Que dis-tu, malheureux! qu'ose--tu souhaiter?

POLYEUCTE.

Ce que de tout mon sang je voudrois acheter.

PAULINE.

Que plutôt!...

POLYEUCTE.

C'est en vain qu'on se met en défense;
Ce Dieu touchet les cœurs lorsque moins on y pense
Ce bienheureux moment n'est pas encore venu;
Il viendra, mais le temps ne m'en est pas connu.

PAULINE.

Quittez cette chimère et m'aimez.

POLYEUCTE.

Je vois aime.

Beaucoup moins que mon Dieu, mais bien plus que moi-même.

PAULINE.

Au mon de cet amour ne m'abandonnez pas.

POLYEUCTE

Au mon de cet amour daignez suivre mes pas.

PAULINE.

C'est peu de me quitter, tu veux donc me séduire?

POLYEUCTE.

C'est peu d'aller au ciel, je veux vous y conduire

PAULINE.

Imaginations!

POLYEUCTE.

Célestes verités!

PAULINE.

Etrange avenglement!

POLYEUCTE.

Eternelles clartés!

PAULINE.

Tu préférez la mort à l'amour de Pauline!

POLYEUCTE.

Vous préférez le monde à la bouté divine, etc., etc.

En estos diálogos tan propios del estilo de Corneille, la ingenuidad de la agudeza, la rapidez de los giros, y la elevación de los sentimientos, jamás dejan de arrebatar á los espectadores. ¡Qué sublime es Polyucto en esta escena! ¡qué grandeza de alma! ¡qué entusiasmo tan divino! ¡qué dignidad!
Por último, Corneille empleó todo el poder de la

pasion cristiana en este diálogo admirable y digno siempre de ser aplaudido, como dice Voltaire.

Manda Felix á Polyucto, que sacrifique á los falsos dioses, y este se resiste á hacerlo.

FELIX.

En fin ma bonté cède á ma justé fureur:
Adore-letz, oa meurs.

POLYEUCTE.

Je suis chrétien.

FELIX.

Adore-letz, te dis-je, ou renonce á la vie.

POLYEUCTE.

Je suis chrétien.

FELIX.

Tu l'es? Oœur trop obstiné!
Soldats, exécutez l'ordre que j'ai donné,

PAULINE.

Oú le conduisez-vous?

FELIX.

A la mort.

POLYEUCTE.

A la gloire (1).

Esta espresion, soy *cristiano*, repetida dos veces, iguala á las espresiones mas hermosas de los *Horacios*. Corneille, que conocia tan bien el sublime, sin-

(1) Acto V, escena III.

tió que el amor á la religion podia elevarse al último grado de entusiasmo, porque el cristiano ama á Dios como soberana hermosura, y al cielo como su patria.

Pruébese ahora á dar á un idólatra alguna cosa del entusiasmo de Polyucto. ¿Correrá á la muerte por un Dios nefando, ó se apasionará por una impúdica Venus? Las religiones que pueden inspirar mas ardor á las almas, son las que se acercan mas ó menos al dogma de la unidad de un Dios; pues el corazon y el espíritu, divididos entre una multitud de divinidades, no pueden amar con energia á las unas ni á las otras. No puede ademas haber amor durable sino es conforme á la virtud; la verdad será siempre la pasion dominante del hombre, y asi es que cuando ama el error, es porque cuando cree en él, lo tiene por una cosa verdadera. No porque á cada paso caigamos en la mentira, la amamos; esta flaqueza nos proviene de nuestra degradacion original: no hacemos el bien aunque lo deseamos: buscamos aun con nuestro corazon la luz que nuestros débiles ojos no pueden ya soportar.

La religion cristiana, abriéndonos de nuevo (por medio de la moral y de la sangre del hijo del hombre) los brillantes caminos que habia cubierto la muerte con sus sombras, nos ha vuelto á nuestros primitivos amores. El cristiano heredero de las bendiciones de Jacob, se inflama en deseos de entrar en aquella Sion celestial, hácia la cual se dirigen todos sus suspiros. Esta es la grande pasion que pueden cantar nuestros poetas á ejemplo de Corneille: nuevo manantial de bellezas desconocido en los antiguos tiempos, y de que se hubieran sabido aprovechar los Sófoeles y los Eurípides.

DEL CRISTIANISMO. 120

CAPITULO IX.

Sobre la vaguedad de las pasiones.

Resta hablar de un estado del alma, que á nuestro parecer no ha sido aun bien observado; tal es aquel que precede al desarrollo de las grandes pasiones, cuando nuestras facultades, jóvenes aun, activas, con toda su fuerza, pero reconcentradas, solo se han ejercitado sobre si mismas, sin fin ni objeto. Quanto mas civilizados se hacen los pueblos, mas se aumenta este estado de pasiones sin objeto determinado; porque sucede entonces una cosa muy triste: el gran número de ejemplos que tenemos á la vista, y la multitud de libros que tratan del hombre y de sus sentimientos, nos hacen hábiles sin esperiencia. Se halla uno desengañado sin haber gozado de nada, y le quedan deseos sin tener ya ilusiones. La imaginacion es rica, abundante y maravillosa; la existencia pobre, árida y sin atractivos. Vive uno con un corazon lleno, en un mundo vacío, y sin haber usado cosa alguna, nos llamamos desengañados de todo.

Es increíble la amargura que derrama en la vida este estado del alma, y cuantas vueltas y revueltas dá el corazon para emplear las fuerzas que conoce le son ya inútiles. Los antiguos conocieron poco esta inquietud secreta, este desabrimento de las pasiones mal satisfechas y confusas, y que fermentan todas á un tiempo: una grande existencia política, los juegos del gimnasio y del campo de Marte, los negocios del Foro y de la

plaza pública, ocupaban todos sus momentos, y no dejaban lugar alguno al tedio del corazon.

Por otra parte, no eran inclinados á las exageraciones, á las esperanzas, á los temores sin objeto, á la movilidad de las ideas, y á los sentimientos, ni de la perpétua inconstancia, que es solo un disgusto incesante, disposiciones todas que adquirimos con el trato íntimo de las mugeres. Estas, además de la directa pasion que escitan en los pueblos modernos, influyen tambien sobre todos los demas sentimientos. Tienen en su existencia cierto abandono, que hacen pasar á la nuestra; hacen nuestro caracter de hombre menos decidido, y afeminadas nuestras pasiones con la mezcla de las suyas; á un mismo tiempo cierto carácter de incertidumbre y terneza.

Por último, los griegos y los romanos, no dirigiendo casi su vista mas allá de la vida, ni creyendo placeres mas perfectos que los de este mundo, no eran, como nosotros, inclinados á las meditaciones y deseos de un órden superior por el carácter de su culto. La religion cristiana, formada para alivio de nuestras miserias y necesidades, nos ofrece continuamente el doble cuadro de los pesares de la tierra y de las alegrías celestiales; y de este modo forma en el corazon un manantial de males presentes y de esperanzas lejanas, de donde proceden mil ilusiones inagotables. El cristiano se considera siempre como un viagero que camina aquí abajo por un vallé de lágrimas, y descansa solo en el sepulcro. No es el mundo el objeto de sus deseos; porque sabe que el *hombre vive pocos dias*, y que este objeto huirá de él muy en breve.

Las persecuciones que experimentaron los primeros fieles, aumentaron en ellos el disgusto por las cosas de la vida. La invasion de los bárbaros echó el colmo á aquellas desgracias; y el espíritu humano recibió una impresion de tristeza, y tal vez un grado de

misantería, que aun no se ha borrado del todo. Por todas partes se erigieron conventos, donde se retiraron los miserables engañados por el mundo, ó las almas que mas quisieron ignorar ciertos sentimientos de la vida, que esponerse á verlos cruelmente burlados. Mas en nuestros dias, aun cuando han faltado á estas almas apasionadas y ardientes los monasterios y claustros adonde los condujo la virtud, se han quedado como estrañas en medio de los demas hombres. Disgustadas de su siglo, y espantadas con su religion, han permanecido en el mundo, sin entregarse á él, y entonces han llegado á ser la presa de mil y mil ilusiones contradictorias; de aqui ha tomado origen esa culpable melancolia que se engendra en el seno mismo de las pasiones, cuando no teniendo objetos, se consumen por sí mismas en un corazon solitario (1).

(1) Aqui se hallaba el episodio de *René* formando el cuarto libro de la segunda parte del *Genio del Cristianismo*. El autor le ha escludido de esta obra en las últimas ediciones de ella, y circula separado.

LIBRO CUARTO.

De lo maravilloso, ó de la poesia en sus relaciones con los seres sobrenaturales.

CAPITULO PRIMERO.

La mitología apocaba la naturaleza; los antiguos no tenian poesia llamada propiamente descriptiva.

En los libros precedentes hemos hecho ver que el cristianismo, mezclándose con los afectos del alma, ha multiplicado los resortes dramáticos; y nunca repetiremos bastante, que el politeismo no se empleaba en los vicios y virtudes, y estaba totalmente separado de la moral. He aqui, pues, una parte inmensa que el cristianismo abraza mas que la idolatria. Veamos si en lo que se llama *maravilloso* escede en belleza á la misma mitología.

Harto conocemos que tenemos que combatir contra una de las preocupaciones mas antiguas de la escuela. Todas las autoridades están contra nosotros, y se nos pueden citar mas de veinte versos del *Arte poética* que nos condenan:

Et quel objet enfin á presenter aux yeüs etc.
C'est done bien vainement que nos auteur decus, etc.